

LA SEMANTICA ESTRUCTURAL: ESTADO ACTUAL Y PERSPECTIVAS

F. Rodríguez Adrados

Es bien sabido que durante bastantes años un principio fundamental de la Lingüística moderna ha sido el de prescindir de toda consideración del contenido y atender solamente a la segmentación de unidades mediante criterios de conmutación y permutación. Estos criterios implicaban, ciertamente, como se ha notado muchas veces, un previo conocimiento, siquiera impreciso, del contenido; pero, a partir de él, el lingüista se limitaba a tratar de establecer la equivalencia de los segmentos aislados, calificados de alomorfos o sinónimos, o bien su no equivalencia, sin tratar en este caso de definir los contenidos. También el establecimiento del sistema en que se integraban las unidades así deducidas, lo que Saussure llamó la lengua, se realizaba en principio sin tratar de penetrar en las nociones con respecto a las cuales se realizaban las oposiciones. Aunque aquí, en la práctica, la tentación de fijar estas nociones, que Saussure calificaba de «valores» por oposición a «significados», era muy fuerte. Libros como el de Hjelmslev¹ sobre los casos, o los de Holt² y Sorensen³ sobre el aspecto verbal, incluyen en definitiva una definición de las categorías implicadas. Definición, por otra parte, demasiado esquemática, basada en una aceptación aprio-

-
1. *La catégorie des cas*, Copenhague, 1935.
 2. *Etudes d'aspect*, Copenhague, 1943.
 3. *Aspect et temps en slave*, Copenhague, 1949.

rística de la unidad de contenido de los términos de esas categorías.

En realidad el alejamiento del estudio del contenido estuvo motivado por los errores a que durante siglos llevó a los lingüistas una aceptación demasiado rápida de definiciones no comprobadas y a veces decididamente erróneas de las categorías gramaticales. En su honor se forzó la descripción de unas lenguas para acoplarla a la de otras cuyas categorías se consideraban modélicas; se confundieron los contenidos de las categorías y funciones de las lenguas particulares con categorías y conceptos lógicos de carácter supuestamente universal; y se cometieron otros múltiples errores. Por ello ha sido sana la cura de formalismo que la Lingüística moderna se ha impuesto a sí misma. Sólo aquello que está expresado por la forma de una lengua particular tiene existencia al nivel de la misma, sabemos ahora: no hay contenido sin forma. Si en una lengua como el chino el número no tiene expresión gramatical, por ejemplo, es que en chino no existe la categoría del número. Ello no quiere decir que no pueda en chino cuantificarse un sustantivo o un verbo: pero no al nivel gramatical, hará falta acudir para ello al léxico.

Una vez realizada esa cura se ha hecho evidente que si es cierto que un contenido sin forma no es un contenido lingüístico, no lo es menos que una forma sin contenido no es un signo lingüístico. Hay que estudiar, pues, el contenido. Pero este es un estudio difícil. En definitiva, la relegación por Saussure al dominio del habla de las variantes de contenido no implicadas por el sistema en que entran los signos, no es más que un intento de zafarse de la dificultad. Y zafarse de un modo que hoy ya no podemos admitir. Pues una palabra —para ceñirnos a este tipo de unidad— no tiene real existencia más que dentro de la frase, cambiando de sentido según las distribuciones en que entra y según el contexto extraverbal; cambiando de sentido también según quién la pronuncia y estando expuesta a ser captada con mayor o menor exactitud según quién recibe el mensaje. La palabra en sí no es más que una abstracción, una suma deducida de las posibilidades de su uso; y una abstracción, de otra parte, no absolutamente definida ni mucho menos, sino dotada de un gran margen de autonomía y abertura, dotada

también de una dispersión interna que hace que su contenido se vierta en una serie de acepciones entre las que a veces no queda ningún lazo y otras veces quedan lazos poco claros. Lo que decimos de la palabra, puede decirse de las categorías gramaticales. Así, es notable que los glosemáticos arriba aludidos cuando se han referido al contenido de éstas han tratado de reducirlo a una unidad y aun de dotarlo de un valor que rebasa las lenguas individuales: así cuando Sorensen ha identificado las nociones del aspecto eslavo con las del griego y Kurylowicz,⁴ posteriormente, con las del aspecto inglés. Esto es una herencia de un pasado que no debería haber dejado sentir su peso en un tipo de lingüística que se proclama a sí misma puramente formalista. Pasado que continúa pesando, de otra parte, en los transformacionistas cuando, siguiendo simplemente el análisis en constituyentes inmediatos y a través de éste los análisis más tradicionales, fundan todos sus esquemas en dicotomías del tipo de sujeto y predicado, derivan la voz pasiva de la activa, etc., esto es, trabajan sobre categorías no analizadas y supuestamente unitarias, que tienden a considerar como universales.

Los métodos formales, sin embargo, nos permiten por primera vez tratar de penetrar en el sentido de las categorías, procediendo sin prejuicios teóricos y de una manera empírica a partir del estudio de las distribuciones y las oposiciones. A veces se trata, simplemente, de precisar y dar rigor a propuestas de la gramática anterior; otras veces hay que arrancar desde el principio, desmontando mitos como el del sentido unitario de las categorías e introduciendo el hecho de la existencia de la neutralización. Este estudio está comenzando a realizarse. Pero no es de él del que vamos a hablar aquí, sino de otro que es paralelo al mismo: del estudio del contenido del léxico, esto es, de la Semántica.

Es, efectivamente, la Semántica lo que, dentro del estudio del contenido de las unidades significativas, ha atraído más la atención en esta primera fase que vivimos de la vuelta de la atención de los lingüistas al estudio del contenido o significado. Ello ha ocurrido lo mismo en Europa, por obra de lingüistas más o menos influi-

4. *The inflexional Categories of indoeuropean*, Heidelberg, 1963.

dos por las ideas de Copenhague y deseosos de transportar al campo del significado los métodos de los fonólogos, que en América. La Gramática transformacionalista, efectivamente, en su intento de descripción de la totalidad de las construcciones de una lengua a partir de un corpus de «núcleos» o frases prototípicas y una serie de reglas de transformación de las mismas, chocó pronto con el problema de los límites de la gramaticalidad, con problemas sobre lo que es correcto o incorrecto en grados variables. Sus análisis, de otra parte, dejaban claro un hecho por lo demás bien conocido: que las unidades establecen relaciones entre sí para formar la cadena hablada dentro de una serie de limitaciones o reglas que tienen, por lo demás, el efecto de modificar su sentido. En suma, los transformacionalistas tuvieron pronto necesidad de una teoría semántica, que hiciera comprender el funcionamiento dentro de los núcleos y de las transformaciones de los elementos que las integran. Katz y Fodor⁵ les suministraron esta teoría, en forma de análisis de las acepciones de las palabras, definidas distribucionalmente y formando sistema entre ellas. Pero ya antes en América existían precedentes. La gramática descriptivista había aborrecido de todo estudio del significado en cuanto fundamentalmente unitario e integrado en sistemas que oponen las distintas unidades. Pero su atención a la distribución les había llevado al estudio del uso variable de las unidades. Autores como Bloch y Trager⁶ y como Nida⁷ habían abierto ya el camino, a partir de aquí, a los estudiosos posteriores de la Semántica. Como también lo habían abierto, desde el punto de vista teórico, autores como Peirce,⁸ como Ogden y Richards,⁹ como Ziff.¹⁰

En realidad hasta ahora la Semántica había recibido una atención escasa de los lingüistas, centrados en el estudio de los elementos más regulares de la lengua, esto es, de la Gramática. Cuando del sentido de las palabras se trataba, la tarea revertía casi siempre a los lexicógrafos. Y la Lexicografía, tanto en lo que se refiere a los

5. «The Structure of a semantic Theory», *Language* 39, 1963, p. 170 ss.

6. *Outline of linguistic Analysis*, Baltimore, 1952.

7. *Towards a Science of Translating*, Leiden, 1964.

8. Cf. *Collected Papers*, Cambridge, Mass., 1931-35.

9. *The Meaning of Meaning*, 10.^a ed., Londres, 1960.

10. *Semantic Analysis*, 3.^a ed., Ithaca, Nueva York, 1962.

diccionarios monolingües como a los bilingües, se había movido más bien por intuiciones que por un estudio propiamente científico y sistemático: la finalidad de los diccionarios, es cierto, ha sido siempre predominantemente práctica. En ellos, ciertamente, hay alusión a veces a las diferencias de sentido que dependen de la distribución y el contexto en general en que aparecen las diversas acepciones de una palabra; otras veces hay alusión a hechos de sistema, así cuando se dice que tal palabra tiene un sentido por oposición a otra o cuando se define una palabra como de sentido próximo al de otra, pero distinto de él por determinados rasgos. Pero todo ello es presentado con poco sistematismo y rigor, añadiéndose acepciones sin cuento que no son justificadas estructuralmente.

Y sin embargo entre Gramática y Léxico las diferencias son puramente de grado, por lo que resulta evidente a todas luces que los métodos que se apliquen a un dominio deben igualmente aplicarse al otro. La Gramática se refiere a las clasificaciones que dominan vastas zonas de la estructura de una lengua: que se aplican a todos los sustantivos o verbos, por ejemplo. Implica categorías cerradas, en que los términos en oposición son pocos y no resultan ampliables. Hay en ella un paralelismo suficientemente grande entre forma y contenido: si para marcar la oposición masculino/femenino en español, por ejemplo, no hay un procedimiento único, los diversos alomorfos que son útiles a este fin son escasos en número. Frente a estas características, el Léxico se estructura en agrupaciones, los que llamamos campos semánticos, relativamente desligadas unas de otras y que constituyen sistemas de oposiciones, sobre la base de nociones o parámetros, que tienen en la lengua una generalidad de aplicación menor que la de los parámetros de los paradigmas gramaticales. Pero hay toda clase de casos intermedios. Por otra parte, las oposiciones del léxico, que son por supuesto de contenido, no están en principio marcadas por la forma: un sistema como el de los colores, por ejemplo, está notado por palabras cuyas diferencias formales no se repiten en ningún otro sistema de la lengua, como tampoco se repiten las nociones que están en la base de la oposición. Y sin embargo, también aquí hay transiciones. Hay palabras que incluyen datos gramaticales que no denotan mediante ningún morfema gramatical: así *padre* no tiene marca ninguna de masculino que volvamos a encontrar fuera de

aquí. Y cuando nos hallamos ante sistemas puramente léxicos, sin dato gramatical alguno, puede suceder que se imponga una cierta regularidad formal: así en el sistema español de los días de la semana y en tantos sistemas adjetivales que presentan una mayor regularidad que la de los sustantivos correspondientes.

Por ello no es de extrañar que, como decíamos, la atención al contenido de las unidades haya alcanzado desde hace algunos años al léxico. Y ello sobre la base de los principios fundamentales de la nueva gramática: atención al estudio de distribuciones e inducción del sistema. Aspectos que, por lo demás, son desigualmente atendidos por las diferentes escuelas lingüísticas. Anteriormente, en efecto, aparte de los estudios puramente lexicográficos con vistas a la redacción de diccionarios, se había estudiado a veces la semántica de las palabras aisladas: unas veces con un punto de vista fundamentalmente historicista, otras buscando el sentido central con finalidades de historia cultural, otras aún interesándose por la creación de sentidos nuevos en niveles literarios (metáfora, etc.). Autores como Struck¹¹ o Kronasser¹² merecen citarse al primer respecto, toda la escuela alemana que a partir de Heinze se dedicó a a los estudios sobre palabras en el segundo, semánticos como Ullmann¹³ en el tercero. A todos ellos debemos aportaciones valiosísimas. Pero es la atención sistemática a la distribución de las palabras y su reflejo en su significado, de una parte; y a la organización de varias palabras formando un sistema de oposiciones, un paradigma o grupo de paradigmas, de otra, lo que caracteriza más decididamente la Semántica estructural.

En realidad debemos señalar la existencia de diversas tendencias dentro de la misma en su aspecto sincrónico; del diacrónico nos ocuparemos más adelante. Vamos a estudiar sucesivamente la teoría de los campos semánticos; el análisis del significado de las palabras en unidades mínimas llamadas semas; y el estudio de las acepciones de las palabras individuales. Son aspectos que en una visión superior de la teoría semántica deberían por supuesto unificarse.

11. *Bedeutungslehre*, Stuttgart, 1954.

12. *Handbuch der Semasiologie*, Heidelberg, 1952.

13. *Semántica*, Trad. esp., Madrid, 1965.

La teoría de los campos semánticos nació, como es bien sabido, con el libro de Trier¹⁴ sobre el campo semántico de la inteligencia en alemán (1931), con precedentes anteriores. El sentido de una palabra solamente es definible por oposición al de las demás que forman sistema con ella; diacrónicamente, la evolución de sentido de una palabra arrastra la evolución de sentido de las otras. Puede decirse que el léxico de una lengua está estructurado en una serie de redes o agrupamientos, constituidas a su vez por unidades opositivas inferiores y engarzadas luego a otras redes. El esquema más elemental es el del árbol: una palabra subsume el sentido de dos palabras opuestas entre sí, cada una de ellas el de otras dos opuestas igualmente entre sí y así sucesivamente. Pero hay numerosas variantes y existen siempre numerosas irregularidades, de las que trataremos de dar una idea.

Nuestro interés por el problema de los campos semánticos ha partido de trabajos de lexicografía griega que llevamos muchos años realizando, y de una serie de tesis doctorales y trabajos diversos conexos con ellos. Me refiero, por dar una idea, a estudios sobre el campo de la vida y de la muerte, el del tiempo, el de los conceptos morales, el del entendimiento, el del ser, el del amor, generalmente en griego arcaico y clásico. En el curso de estos trabajos dirigidos por mí, alguno acabado, otros en marcha, surgían ideas que me llevaban a consultar la bibliografía sobre Semántica en general y a interesarme por el problema en su conjunto.¹⁵ He publicado tratamientos generales de él en mis dos libros *Estudios de Lingüística General*¹⁶ y *Lingüística Estructural*.¹⁷ Y no pretendo dar aquí un resumen de la doctrina en ellos contenida, aunque algunas alusiones he de hacer a ella al tiempo que intento añadir algunas cosas sobre el tema.

14. *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, Heidelberg, 1931.

15. Entre los primeros me refiero a: Elvira Gangutia, *Estudios de semántica estructural referidos al Griego: el campo semántico Vida / Muerte de Homero a Platón* (Madrid, 1966; resumen de un libro más amplio, en prensa) y «Sobre el vocabulario económico de Homero y Hesíodo», *Emerita* 37, 1969, p. 63 ss.; Carlos Roura, *El campo semántico «Tiempo» de Homero al Atico del siglo V* (tesis doctoral inédita, Madrid, 1970); José Luis Calvo, *Los campos semánticos griegos de la palabra y el pensamiento desde el s. VII al V a. C.* (memoria de licenciatura inédita, Madrid, 1967); también a mi trabajo «El campo semántico del amor en Safo» (en prensa en *Revista Española de Lingüística*).

16. Barcelona, 1969.

17. Madrid, 1969.

En el estudio de los campos semánticos existen en realidad diferentes orientaciones. Aunque todos los autores parten, por supuesto, del estudio del sentido de las palabras cual se deduce de los contextos en que aparecen en las lenguas estudiadas, cuando se trata de hacerse una idea sobre las oposiciones en que se integran, hay quienes propenden a establecer nociones lo más amplias posibles, paralelas por tanto a las de la Gramática. Tal es el caso de Lyons,¹⁸ que intenta establecer las relaciones entre las palabras que integran el campo del saber en Platón sobre la base de conceptos como incompatibilidad, antonimia, etc. O el de Greimas¹⁹ en su estudio del campo de la espacialidad en francés.

Pero creo que todos hemos abusado del análisis excesivamente simplista sobre la base de oposiciones generales cuando, imitando el proceder de los fonólogos, hemos dividido las oposiciones binarias en privativas y equipolentes: en las primeras un término añadiría un nuevo dato al significado del otro; en las segundas, cada uno añadiría un dato diferente a una base significativa común. Si el proceder es, creemos, objetable en fonología, aquí lo es más. No puede decirse, como se suele, que la oposición entre animado e inanimado o entre masculino y femenino —saliéndonos un momento de la Semántica para irnos a la Gramática— sea privativa en este sentido: los términos positivos femenino y animado no son un «añadir» al negativo, el hablante tiene conciencia simplemente de la existencia de una oposición. Creemos que debe dejarse de pretender hallar tipos de relación generales entre conceptos también generales. Precisamente la originalidad del léxico consiste en el carácter puramente individual, desde el punto de vista del contenido, de las oposiciones. Y como a su vez esas oposiciones entre dos palabras se engarzan variamente con otras oposiciones hasta constituir el campo semántico, resulta que existe originalidad en la parcelación de la realidad por el léxico de las distintas lenguas y aun, dentro de una misma lengua, por el de los distintos niveles de lengua, estilos, autores, etc.

Creemos, en consecuencia, que la única posibilidad de lograr un progreso en el estudio de las relaciones que conectan entre sí a las

18. *Structural Semantics*, Oxford, 1963.

19. *Sémantique structurale*, París, 1966.

palabras es atender a los hechos de la lengua estudiada, sin prejuicios previos. Cuando dos palabras aparecen expresamente en oposición en numerosos pasajes (tipos *hombre/mujer*, *noche/día*, etc.), ello es prueba bien clara de que existe la oposición; como hay otros pasajes que definen taxativamente que una es concebida como una especie o subdivisión del contenido de otra. Pero las oposiciones y ramificaciones deben establecerse otras veces, forzosamente, por vía indirecta: por el estudio de las distribuciones. Pero para que esto se comprenda debemos volver más arriba y precisar la teoría general de las relaciones de las palabras dentro de los campos semánticos. Pues la búsqueda en los textos, el trabajo filológico, debe ser guiada por un conocimiento teórico de aquellas posibilidades con cuya existencia podemos contar.

Trabajando todavía puramente sobre árboles como los aludidos arriba en que un término A se ramifica en B/C, B en D/E, etc., es importante insistir en los hechos de neutralización y en los términos implícitos.

En un esquema como el anterior, el término A, esto es, el género que subordina las especies B y C, puede estar sustituido por un uso genérico de uno de los términos B y C. Esto es, si en latín un *homo* genérico subordina dos especies *vir* y *muller*, el español se contenta con dos términos: *hombre* y *mujer*. Ahora bien, *hombre* puede usarse ya como género, en el sentido de *homo*, ya como especie, en el sentido de *vir*. Decimos que *hombre* tiene un uso neutro o genérico y otro específico o polarizado.



Existen oposiciones de dos términos como ésta, en que un término puede usarse de esta doble manera; existen otras en que ambos términos admiten en ciertas distribuciones el uso neutro, es decir, son sinónimos parciales, sólo en ciertas distribuciones. Tradicionalmente se ha hablado de oposiciones privativas y equipolentes, respectivamente. Pero ya hemos dicho que este análisis de contenido es

deficiente: por ello en nuestro libro propusimos hablar simplemente de oposiciones restrictivas y distintivas, respectivamente. Hay todavía las oposiciones exclusivas, en que los términos no admiten la neutralización: ambos son siempre diferentes en cuanto al sentido, la suma total del de los dos ha de expresarse con otra palabra.

Tipos de oposiciones binarias

$\pm / -$

Restrictiva

\pm / \pm

Distintiva

$+ / +$

Exclusiva

Creemos que no deberían establecerse árboles ni esquemas relativos a campo semántico alguno que no llevaran constancia, al indicar las palabras del campo que se encuentran en oposición, del carácter neutro o polarizado de cada una. En uno de estos esquemas es claro que una palabra como *hombre* debe figurar dos veces: una con un $-$, como término genérico; otra con un $+$, como específico, según el esquema de arriba.

Pero si algo nos ha enseñado el manejo constante de los textos y la búsqueda de una organización estructural del léxico es que incluso los tres tipos de oposiciones binarias de que nos venimos ocupando son menos distintos entre sí y presentan más transiciones de lo que podría a primera vista pensarse; esto sincrónicamente, porque diacrónicamente es claro que se pasa con frecuencia de unos a otros. En realidad, las oposiciones distintivas o, si se quiere conservar la terminología tradicional, equipolentes, son sinónimos parciales: palabras que normalmente se distinguen, pero que en determinadas distribuciones pueden conmutarse, no se siente diferencia entre ellas. Es muy difícil, ciertamente, a veces, determinar el grado de sinonimia. Hay todas las transiciones posibles. Piénsese en una oposición de este tipo en que una de las dos palabras opuestas sólo aparezca una vez, en el corpus que hayamos reunido, en sentido neutro, es decir, como sinónima de la otra. Si desapareciera ese ejemplo único, tendríamos que automáticamente la oposición sería del otro tipo, del privativo o restrictivo. Inversamente, el término ne-

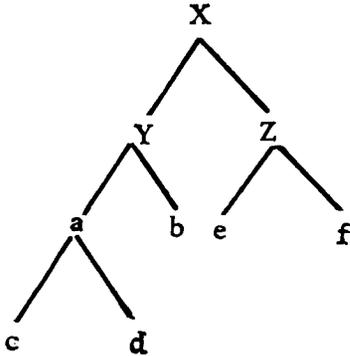
gativo de una oposición de este tipo es siempre polarizado; pero un sólo ejemplo de uso neutro haría pasar la oposición al tipo anterior.

Aun dentro de un tipo de oposición, la frecuencia de la neutralización es variable. Hablar, por tanto, de oposiciones distintivas o de semisinonimia es abrazar con un término único casos muy diferentes. Si quisiéramos llegar al fondo del problema tendríamos que hacer un estudio cuantitativo, estadístico. Un mismo tipo de oposición puede encubrir un material cuantitativamente diverso. Semántica estructural y Lingüística cuantitativa deberían en última instancia combinarse. Afinando más, habría que obtener del estudio exhaustivo de los contextos todos los datos posibles sobre las connotaciones que separan a los opuestos aun donde pueden considerarse sinónimos desde cierto punto de vista.

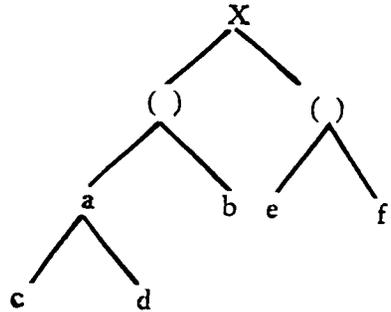
Pero ya se sabe que lo que llamamos sistema es una abstracción, que sin embargo hemos de tratar de impedir que nos cierre el acceso a la complejidad de los hechos. En todo caso, la atención a las neutralizaciones creemos que aporta un elemento importante a la definición de las palabras tanto en los esquemas de los campos semánticos como en los diccionarios. En segundo término, hemos de referirnos a la posible falta en los primeros de todo término genérico. Es decir, puede suceder que dos palabras opuestas entre sí no tengan posibilidad alguna al nivel del léxico de expresar una unidad semántica que comprenda la suma de los dos. Hay entonces lo que Pottier ha llamado un clasema: conceptos como transitivo/intransitivo, humano/no humano, y otros muchos menos generales que intervienen constantemente en las ramificaciones de los árboles; o que pueden aparecer al nivel del nombre y en cambio expresarse mediante una palabra de la lengua al del adjetivo o al revés, etc.

También hay que indicar que con frecuencia las subdivisiones de los géneros se hacen mediante la misma palabra acompañada de un adjetivo unido a ella semánticamente: esto es, mediante un sintagma. Es sabido que el papel más frecuente del adjetivo es precisamente restringir el contenido del nombre, de modo que ello no tiene nada de extraño. Los límites entre el sintagma fijo y los infinitos grupos de nombre + adjetivo son, por supuesto, fluyentes. Históricamente, mediante este procedimiento van completándose los sistemas y haciéndose más regulares. Pero sincrónicamente pue-

Ejemplos de árboles



Con géneros explícitos

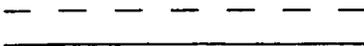


Con géneros implícitos

de ocurrir que haya irregularidades. Por ejemplo, puede haber diferencia entre dos bifurcaciones que proceden del mismo árbol: ya en su extensión y número de términos, ya en si son palabras independientes o sintagmas.

Todo lo anterior se refiere todavía, a pesar de todo, a un tipo de estructuración del léxico excepcionalmente regular. Pero el esquema del árbol no es el único. Existen las cadenas, en que un término está definido por el que le precede y el que le sigue en la misma: así en los grados militares, en las edades, etc. Hay combinaciones entre árboles y cadenas. Existen árboles con ramificaciones de más de dos términos, que establecen entre sí bien un sistema de oposición gradual sobre una única noción, bien sucede que los términos se oponen entre sí sobre distintas nociones.

Ejemplos de cadenas y sus términos neutros



Con un término neutro que abarca toda la cadena



Con un término neutro que abarca parte de la cadena

La existencia de las cadenas y la presencia de varias nociones que pueden servir de rasgos relevantes para oponer un término a

otros varios, son datos que permiten obtener sistemas que ofrecen una imagen de las relaciones dentro del léxico relativamente aproximada. Pero todavía hay que introducir un tercer dato: que a veces el mismo campo semántico es cubierto por varias oposiciones, que lo dividen en formas diferentes, con una tendencia, desde luego, a la organización de todas ellas en un sistema único del tipo del árbol. Digamos algunas cosas sobre estos elementos que hacen complicarse progresivamente, según avanzamos en nuestra exposición, la imagen de los sistemas léxicos.

Las cadenas no dejan de presentar problemas. En ellas un término es susceptible a veces de neutralización, igual que en las oposiciones binarias. Por ejemplo, en la que indica las comidas en español tenemos que precisamente el término «comida» representa ya el género, ya una de las especies, esto es, una de las comidas que se efectúan cada día. Existen dificultades a veces para fijar la noción que gobierna toda la cadena: a veces da la impresión de que los términos se oponen entre sí con matices diferenciales no exactamente uniformes. Por otra parte, puede suceder que haya términos que neutralizan a otros varios, no a todos, o a uno y una parte de otro, por ejemplo; esto lo hemos ejemplificado en nuestro libro, siguiendo a Nida,²⁰ con los numerales del shiriana (Brasil).

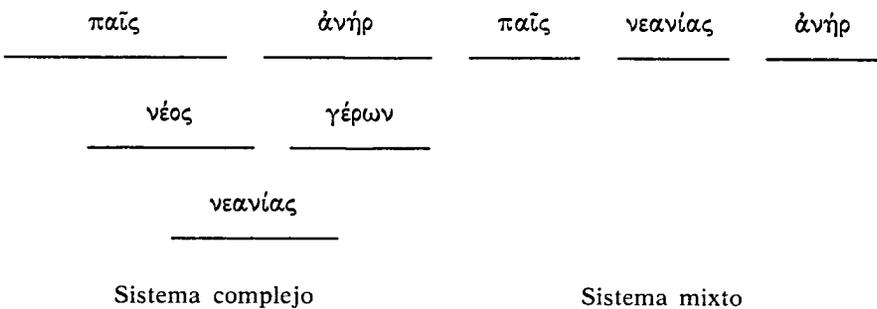
La existencia de varias nociones o parámetros en un sistema de oposiciones lexicales lo convierte en un paradigma. Es comparable a lo que ocurre, por ejemplo, en el sistema indoeuropeo de los casos, donde se interfieren tres parámetros: género, número y caso. Para el léxico ha sido ejemplificado, por ejemplo, con el sistema de los nombres de parentesco, que incluyen en las diferentes lenguas parámetros como los que oponen masculino/femenino, patrilineal/matrilineal, mayor/menor, descendencia en línea recta/descendencia a través de un hermano, etc. Pero es un caso menos estudiado y, sin embargo, absolutamente frecuente, aquel en que un término se opone a otros varios sobre nociones diferentes sin mediar un sistema-tismo tan pronunciado. Así ocurre, por ejemplo, con los nombres de colores.

A veces suceden situaciones ambiguas. Es evidente que una pa-

20. *Op. cit.*

labra puede pertenecer simultáneamente a dos campos semánticos al aponerse a otras dos muy alejadas entre sí sobre rasgos también muy diferentes. Pero hay casos de transición. Por ejemplo, en griego el término *γυνή* 'mujer' en cuanto opuesto a *παῖς* 'niña', denota una diferencia de edad; en cuanto opuesto a *παρθένος* 'soltera' significa 'mujer casada'. Pero normalmente ambas diferencias coinciden en la práctica; y a partir de aquí tiende a crearse una cadena *παῖς - παρθένος - γυνή*, que combina diferencias de edad con diferencias del otro tipo. Hay sistemas completos contruidos con palabras cuya función primaria pertenece a otros campos semánticos más antiguos: así el del tiempo en griego antiguo, creado casi en su totalidad a partir de términos introducidos en él sólo secundariamente.

Veamos ahora el caso en que un mismo espacio semántico es subdividido de diferentes maneras. El de la edad para el hombre gira unas veces en torno a la oposición *παῖς/άνήρ*, que podríamos traducir 'niño'/ 'varón'; otras en torno a *νέος/γέρων*, e. d., 'joven'/ 'viejo', oposición que se interfiere con la anterior puesto que *νέος* ocupa parte de *παῖς* y de *άνήρ* y *γέρων* sólo la parte restante de *άνήρ*; hay luego *νεανίας*, que abarca una parte de *νέος* y de *άνήρ*; y un sistema mixto *παῖς - νεανίας - άνήρ*, completado más o menos con *γέρων*.



Estas y otras son las posibilidades que se dan. Pero hay que fijarse sobre todo en la existencia constante de asimetrías entre las dos ramificaciones fundamentales de los árboles y en las sucesivas, en la variación de los sistemas según los niveles y aun los autores, en los hechos de neutralización, las diferencias de frecuencia, etc.

Y en la frecuente escisión de una palabra en acepciones que entran cada una en un campo semántico diferente.

Todo esto hace que cualquier estudio de semántica estructural exija la toma de una serie de precauciones. Debe ser estrictamente sincrónico y reducido a un nivel, incluso a un autor, perfectamente fijado; aunque, de otra parte, si se opera con datos exiguos es difícil establecer conclusiones. Debe ir precedido de un despojo absolutamente riguroso de los datos del texto estudiado, con estudio de distribuciones y frecuencias. Sólo un filólogo buen conocedor de los textos de la lengua que estudia puede realizarlo; pero tiene que estar doblado de un lingüista. Sólo así pueden superar a la vez el tratamiento atomizado e impresionista y el esquematismo ajeno a la realidad.

De esta manera se logra una definición aproximada de la semántica de las palabras; no una definición cerrada y de concepto único, sino en relación con otros términos y sobre la base de varios rasgos relevantes y admitiendo determinadas posibilidades de neutralización y de abertura. Se logra, sobre todo, establecer la estructura del campo.

El mayor interés que puede tener, creemos, un estudio de Semántica estructural enfocado de este modo es para hacernos comprender sistemas de pensamiento alejados del nuestro. Pues demasiado tiempo se ha venido tratando de describir universos mentales muy alejados del nuestro con nuestras palabras: esto es, mediante traducciones enormemente deficientes que falseaban el original. Hoy día se llega cada vez más a la conclusión de que los sistemas de pensamiento alejados, solamente mediante las palabras que los expresan pueden comprenderse; y estas palabras, a su vez, sólo son definibles a partir del sistema que forman entre sí. Aunque, por supuesto, hay que tener en cuenta hechos como el de la fosilización, que hace que se mantengan estructuras que ya no continúan vivas. Un estudio sincrónico riguroso, sin embargo, pone también a salvo de este escollo.

Vamos a señalar rápidamente tres ejemplos de las posibilidades de la Semántica estructural para penetrar en universos mentales alejados de nosotros. Uno de ellos es el de la comprensión de las cul-

turas antiguas. Si comparamos los sistemas léxicos de época griega postsocrática con los de las lenguas europeas actuales —me refiero al vocabulario abstracto e intelectual— veremos que en la mayoría de los casos la traducción es fácil porque se trata de estructuras prácticamente idénticas. El hecho de la tradición cultural antigua ha pesado decisivamente; y cualesquiera sean nuestras ideas científicas sobre la realidad, la expresión de ésta a escala lingüística no ha variado, en sus clasificaciones y oposiciones, excesivamente. Pero si retrocedemos a la época griega presocrática, las cosas varían profundamente. Vemos, por ejemplo, cómo no existen oposiciones luego habituales como la del cuerpo y el alma, cómo no hay concepto abstracto del tiempo y en cambio sí otras oposiciones que ahora no son relevantes, cómo los términos que traducimos como 'amar', etc., no se recubren exactamente con los contenidos que ahora consideramos como amor, cómo no se distingue bien el conocimiento intelectual del sensible, etc. Ciertamente, la Semántica estructural no hace más que intentar dar rigor a cosas más o menos conocidas; aun así es claro que, aplicada de una manera sistemática, ha de dar luz sobre aspectos de la cultura griega arcaica que, si no, tal vez se nos escaparían.

Es que es bien sabido que cada lengua corresponde a una visión diferente del mundo, cierra en cierto modo el paso a concepciones diferentes. Esto fue resaltado por Whorf a propósito de la lengua de los indios Hopi; ya antes había sido dicho por Humboldt. Luego ha sido repetido a la saciedad que si en vez de haber escrito Aristóteles en griego hubiera escrito en chino, el mundo de nuestras categorías mentales sería hoy completamente diferente; aunque habría que observar que, después de todo, lo que sucede es que las categorías de la lengua griega son aproximadamente las de las nuestras europeas modernas. El hecho es que últimamente los estudios de etnología estructural de Lévi-Strauss²¹ llevan en la misma dirección, pero poniendo el acento muy especialmente en los hechos de vocabulario. Todo el totemismo ha sido así interpretado como el resultado de una serie de clasificaciones del léxico conectadas entre sí, que ponen en relación sectores del léxico para nosotros completamente independientes. Como en el caso de la cultura griega pri-

21. Sobre todo, *Anthropologie structurale*, París, 1958.

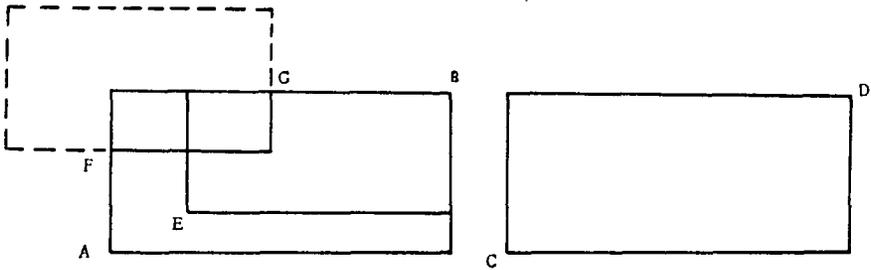
mitiva, las de los pueblos todavía no alcanzados o levemente alcanzados por la civilización europea pueden ser iluminadas mediante un estudio de Semántica estructural llevado a cabo con rigor.

Pero no sólo es ésto. No hace falta alejarnos tanto en el tiempo y en el espacio para hallar universos mentales ajenos. Es bien sabido que el significado del signo depende de aquel que lo emite: las mismas palabras tienen sentidos diferentes para diversas personas o grupos de personas, en virtud de sus experiencias e ideologías. Dentro de una misma comunidad hay una lucha constante de grupos ideológicos que tratan de cambiar el sentido de los signos y no sólo para ellos, sino para la comunidad entera: dicho de otro modo, de hacer proselitismo. Y no se trata de cambiar el sentido de signos aislados, de palabras como democracia, libertad, etc., sino de grupos completos de ellas; ni se trata sólo de movimientos políticos o religiosos, sino de modas, costumbres, estilos de vida, corrientes literarias. El estudio de los sistemas léxicos en conflicto dentro de una determinada lengua en un determinado momento ilumina vivamente las corrientes de la sociedad contemporánea.

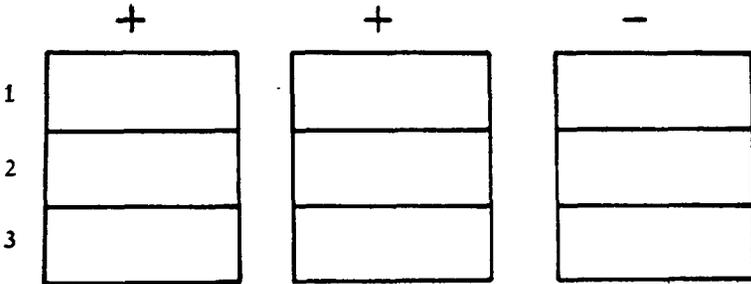
Otro problema es el de exponer gráficamente los árboles y paradigmas lexicales. Todos los esquemas que puedan trazarse son siempre incompletos; al menos, hay que procurar que contengan indicaciones sobre las neutralizaciones, las casillas vacías, los parámetros o nociones relevantes, los sistemas paralelos coexistentes. Según la estructura del campo, unos esquemas u otros pueden tener ventajas.

Los esquemas más usuales son los en forma de árbol con sus ramificaciones, ya aludidos. Tienen únicamente dificultad para introducir explicaciones sobre las diferencias de parámetros; tampoco es posible con estos esquemas exponer los sistemas coexistentes a que hemos aludido. Estos, cuando se refieren a diversos cortes de un mismo espacio semántico, se expresan mejor mediante rayas horizontales paralelas de diferente longitud; ya lo hemos ejemplificado. También se puede acudir a dibujar figuras geométricas incluidas total o parcialmente unas en otras, para denotar así, al tiempo que las relaciones de jerarquía, la pertenencia de ciertas palabras a más de un campo. Cuando sistemáticamente interviene más de un parámetro es preferible, sin embargo, acudir a otro procedi-

miento. Se puede dibujar un enrejado que deje una serie de casillas dependientes cada una de ellas de un parámetro en la horizontal e indicando en la vertical si es término positivo, negativo o genérico. De este modo se da idea de los diversos campos en que está incluida una palabra y de la oposición mínima en que entra dentro de cada uno. Pero no es factible ir más allá, representando el resto del stemma.



A-B / C-D: Oposición exclusiva. — A-B / E-B y F-G: Oposiciones restrictivas.
Línea de puntos: Otro campo semántico.



Palabras que no se interfieren (oposición exclusiva). Cada casilla puede contener una palabra; pero una palabra puede comprender también un + y un -. Al máximo, este campo contiene tres palabras en cada término, opuestas sobre dos parámetros.

Al llegar a este punto, enlazamos con las otras dos escuelas de Semántica estructural a las cuales aludimos al comienzo y de que vamos a ocuparnos ahora, aunque sea en forma más somera, pues lo que llevamos visto nos ha preparado el terreno. Hemos atendido

hasta ahora principalmente, en efecto, a los sistemas léxicos, pero hemos indicado al propio tiempo que un término de uno de ellos puede oponerse a otros sobre varios parámetros; y, también, que esta oposición sobre diversos parámetros puede significar que el término pertenece alternativamente a más de un campo semántico, estando así incluido en diversos árboles o paradigmas.

El primer caso es el de los paradigmas del tipo del de los nombres de parentesco arriba aludidos. Una palabra indica a la vez, por ejemplo, que se refiere a la generación anterior, que es una persona de sexo masculino y que es de la línea directa: es el caso del *padre*. Puede hacerse un análisis componencial de la misma; es lo que ha hecho Lounsbury.²² En la misma línea está el análisis del contenido en semas propuesto por Pottier,²³ y seguido por Greimas y por Prieto.²⁴ Analizando los semas presentes y ausentes en las diversas palabras de un sistema léxico, queda automáticamente definido el mismo. Pottier ha ejemplificado sus ideas con el sistema de los muebles del tipo *pouf, tabouret, chaise, fauteuil, canapé*, etc., que pueden definirse mediante sencillas adiciones o eliminaciones; menos simples son otros sistemas, así por ejemplo el de vasijas o cacharros que ya se definen por la forma, ya por la materia de que están hechas, ya por el contenido a que se destinan, ya por el origen local, etcétera. Sobre todo, cuando llegamos al vocabulario abstracto e intelectual las dificultades aumentan. El sistema en sí no es objetable, en realidad, pero hay que usarlo siempre con absoluta prudencia, sin tratar de obtener semas de validez amplia. En realidad lo que existe son las oposiciones, la no conmutabilidad de las palabras al menos en determinados contextos; y el hecho de que sean neutralizables o no. Esto es lo realmente asible, mientras que la definición del rasgo relevante de la oposición, del sema, es más difícil y aleatoria. Hay que tener en cuenta, sobre todo, la gran abertura de los sistemas léxicos, su capacidad de borrar en los usos metafóricos los rasgos que parecerían más esenciales y de crear otros. Una definición a base de semas se hace en buena medida incompatible con el

22. «The structural Analysis of Kinship Semantics», *Proc. IX Congr. Ling.*, La Haya, 1964, p. 1.037 ss.

23. «Vers une Sémantique Moderne», *Trav. Ling. et Litt. Strassb.*, 2, 1, 1964, p. 107 ss. y otros trabajos.

24. *Principes de Noologie*, La Haya, 1964.

gran uso que de la neutralización hacen los sistemas léxicos, tanto en el plano sincrónico como en el diacrónico. Claro está que podría postularse la posible desaparición de los semas en distribuciones adecuadas. Pero esto es lo que no hace Pottier. Así, el empleo de los semas o unidades semánticas mínimas, sin ser objetable en sí, ofrece riesgos de esquematismo y apriorismo. Creemos que es preferible ir de lo formal a lo semántico que seguir el camino opuesto —aunque para seguirlo haya que comenzar, declaradamente o no, por un análisis formal.

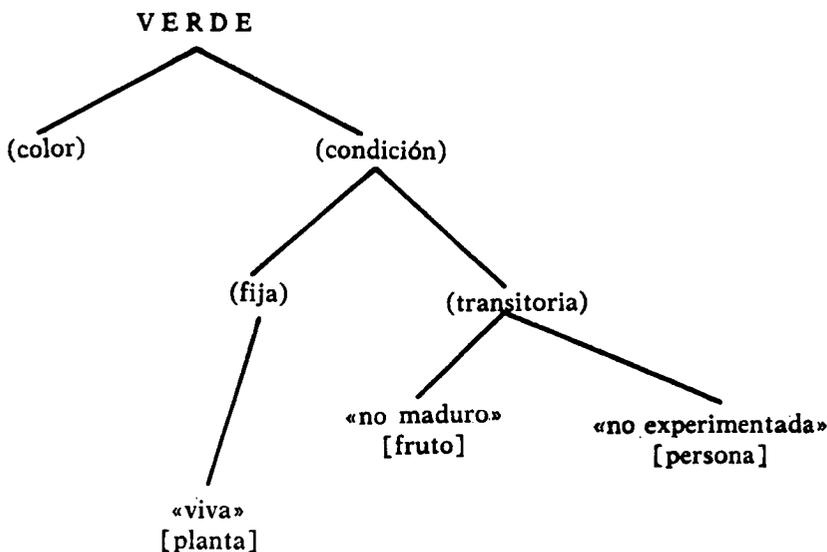
Finalmente, la tercera orientación de los estudios de Semántica estructural a que nos referíamos es, como ya hemos anticipado, el estudio de las acepciones de cada palabra en función de sus diversas distribuciones y de las oposiciones entre las acepciones. Esta orientación ha nacido desconectada con las otras al menos en lo que se refiere a su formulación en stemmas por estudiosos americanos como los citados al comienzo. Pero tiene relación con ellas, evidentemente: ya hemos visto la descomposición de una palabra en acepciones que se integran en sistemas diferentes.

Con esto me refiero a los árboles en que organizan las acepciones de una palabra autores como Katz y Fodor, Katz y Postal,²⁵ y Nida. Estos árboles llevan implícito un sistema de oposiciones semejante al de las que existen entre las palabras. Por unos u otros procedimientos, en los puntos de bifurcación se indica la categoría gramatical o semántica de las acepciones que de cada punto derivan: es un equivalente a los clasemas o términos genéricos no explícitos en los árboles de palabras de un campo semántico, solamente que aquí este proceder es necesario en todos los casos. También se pueden señalar las distribuciones o los rasgos relevantes de las oposiciones entre dos acepciones. El principio de las clasificaciones sucesivas, generalmente binarias, basadas en oposiciones sobre rasgos relevantes y con distinta distribución, subsiste. Para tomar un ejemplo que ya recogí en mi *Lingüística Estructural*, en una palabra *verde* hay una acepción que se refiere al color y otra a una condición; pero dentro de la condición, puede tratarse de una fija o de una transitoria, en palabras de Nida: es decir, «verde» en un caso se refiere



²⁵ *An integrated Theory of linguistic Description*, Cambridge, Mass., 1964.

a una planta que permanece viva, en otro se bifurca a su vez en dos acepciones: «no maduro», de frutos, y «no experimentado», de personas. Distribuciones relevantes de las oposiciones son que la acepción se refiera a plantas, frutos o personas, respectivamente, en los tres últimos casos. En otras anotaciones se notan los rasgos relevantes de las oposiciones: humano/no humano, joven/viejo, etc.



Estos árboles son en realidad un procedimiento excesivamente sumario para organizar el complejo mundo de las acepciones de una palabra, amplio espectro que va de los casos de homonimia a usos metafóricos y diferencias puramente individuales o del uso por parte de grupos. Por otra parte, al tener que hacerse uso abundante de clasemas, se incurre en el riesgo de organizar las acepciones realmente existentes sobre un esquema falso. Y de organizar estos esquemas, para las diversas palabras, de un modo excesivamente regular y paralelo. Creemos que este procedimiento expositivo debe ser perfeccionado.

Cosas parecidas podrían decirse de las reglas de subcategorización utilizadas en sus análisis por Chomsky y que él divide en indepén-

dientes del contexto, sensibles al contexto estrictamente y sensibles al contexto seleccionalmente. La subcategorización independiente del contexto se refiere a la clasificación de un término dentro de otros que forman sistema con él: un nombre puede ser común o no común, contable o no contable, animado o no animado, humano o no humano, etc. Aquí nos hallamos implícitamente ante paradigmas de palabras, no de acepciones, pero paradigmas de tipo fijo y regular que sólo en parte se dan en la lengua. Mejor dicho, de los paradigmas de palabras de la lengua se abstrae aquella zona de regularidad que condiciona el empleo de las palabras en la frase y su interdeterminación. Las reglas sensibles al contexto introducen en cambio definiciones de las palabras propias de determinados contextos, es decir, acepciones. Se trata de definir las mediante rasgos gramaticales: compatibilidad con otras palabras y con ciertas construcciones. También aquí la Gramática Transformacional nos acerca a la Semántica, pero también aquí nos deja a medio camino, puesto que existen otras acepciones, sobre rasgos relevantes muy concretos, que no son precisables mediante el contexto gramatical y sí solamente mediante hechos puramente lexicales del contexto. Con ello nos referimos a las reglas sensibles al contexto estrictamente, con lo cual Chomsky alude al contexto inmediato; las reglas sensibles al contexto seleccionalmente se refieren a contextos más amplios y para nosotros pueden introducir igualmente acepciones de las palabras, de las de tipo más general, aunque Chomsky prefiere quedarse con una definición general de tipo gramatical de la palabra en su conjunto: si es compatible, por ejemplo, con un sujeto o un complemento de tal o cual tipo. No ha profundizado sobre los distintos contextos lejanos que puede tener una palabra y por tanto no ha llegado, en este caso, al problema de las acepciones.

Pensamos que la atención prestada al condicionamiento recíproco de las palabras en la frase (y de las frases unas con respecto a otras, también), es importante: y ello tanto en el caso de considerarse un sentido fundamental de ciertas palabras como en el de la fragmentación del sentido de las mismas en acepciones. Pero los transformacionalistas se mueven en un terreno excesivamente generalizante, dando unos pocos ejemplos que tienden a considerar como presentando rasgos comunes a todo el vocabulario. Ahora bien, ni las palabras aisladas ni las acepciones de las mismas admi-

ten definición mediante clasificaciones omnipresentes en la lengua, creemos. Ciertamente que oposiciones del tipo animado/inanimado, humano/animal, etc., suelen desempeñar un gran papel. Pero el estudio semántico de las lenguas individuales debe llegar más lejos. Ciertamente que éste no era el objetivo de los transformacionistas, que sólo pretenden buscar en la Semántica un basamento para el estudio de la Sintaxis y, por tanto, sólo atienden a los rasgos más generalizables de aquélla.

Todo lo dicho hasta aquí se refiere a Semántica sincrónica. Ha podido verse que esta Ciencia debe concebirse como el resultado de aplicar una serie de principios teóricos, por otra parte en curso de elucidación, a un material que debe ser exhaustivo en lo posible, descubierto y clasificado con ayuda del método filológico e incluso del cuantitativo. Ha quedado claro también, creemos, que su interés, a nivel sincrónico, es doble: de una parte, las diversas estructuraciones de los campos léxicos son un instrumento para penetrar en las diversas concepciones del mundo de pueblos alejados de nosotros en el tiempo y en el espacio, de sectores de una misma comunidad lingüística incluso. De otra parte, el estudio semántico enlaza con el sintáctico y ayuda a comprender la estructura de la frase y sus transformaciones. Y hay, naturalmente, un interés propiamente semántico al servicio del establecimiento de las leyes conforme a las cuales se estructuran los campos semánticos y se organiza el sentido de las palabras dentro de la frase.

Pero hay todavía otro tema, en relación con la Semántica estructural, que nos resulta más interesante si cabe todavía. Hemos dicho que el estudio sincrónico exige una fragmentación cuidadosa de niveles; pues bien, a partir de un momento dado es posible comparar los sistemas existentes en los diversos niveles. Niveles temporales unas veces y niveles coexistentes otras: en todo caso, el previo análisis de las estructuras semánticas de los mismos nos hace ver el mecanismo del cambio semántico y de la evolución de las estructuras semánticas. Dicho en otros términos, el estudio sincrónico puede culminar en un estudio diacrónico, cuyo interés, tanto desde el punto de vista de la teoría general como desde el de la historia de las ideas, es obvio.

Más o menos simultáneamente el Prof. Coseriu²⁶ y yo mismo hemos adelantado una serie de ideas, que no puedo repetir aquí, en torno a la diacronía en el estudio semántico. Personalmente, es éste el campo que me parece ofrecer mayores perspectivas.

Decíamos, por ejemplo, que los sistemas léxicos del griego presocrático presentaban notables diferencias respecto a los que nos son más usuales y que algo semejante ocurre con los de lenguas que se han desarrollado lejos de la civilización europea. El estudio diacrónico a base de campos semánticos es, creemos, el verdadero método para penetrar en la historia de la evolución de las ideas y de la concepción del mundo. Podemos asistir en griego antiguo a la creación de nuevos campos semánticos mediante el desarrollo de acepciones nuevas pertenecientes en palabras originalmente pertenecientes a otros campos. Podemos seguir las tendencias a crear sistemas regulares en el nivel del nombre, a establecer un paralelismo incluso formal en el del adjetivo y el del verbo, a reclasificar el total de acuerdo con nuevas ideas y tendencias, a unificar sistemas paralelos que se entrecruzaban, a crear, por obra de la Ciencia, sistemas en que están ausentes los hechos de neutralización y la polisemia. Es, por poner un ejemplo, interesante, ver cómo en Hipócrates, por primera vez, se establecen sistemas de este tipo para los nombres de las comidas, las edades del hombre, las estaciones del año, etc.²⁷ Los que se han ocupado de historia de las ideas y de la civilización, forzosamente se han ocupado de vocabulario: pero su tratamiento carecía de rigor y hoy día podemos hacer mucho más.

Lo mismo podríamos decir en lo relativo a otras culturas. Sin mediar diferencias tan grandes, es claro que el cambio de estructuras sociales, políticas, religiosas en nuestra civilización desde el final de la Edad Media se refleja en la evolución de los sistemas léxicos. Aquí la Semántica estructural tiene un campo de estudios amplísimo, sobre la base de materiales abundantes. Es muy poco lo que se ha hecho hasta el momento en este dominio. Es una tarea que espera a los especialistas en lenguas modernas, románicas y germánicas. Será importante, de paso, establecer hasta qué punto

26. «Pour une Sémantique diachronique structurale», *Trav. Ling. et Litt. Strassb.* 2, 1, 1964, p. 139 ss.

27. Según C. Roura, *trab. cit. supra*, n. 15

el elemento culto de nuestra lengua, tomado casi siempre del Latín o del Griego, ha contribuido a crear sistemas semánticos regulares, pues podemos decir que aquello que nuestras estructuras semánticas tienen de regularidad formal procede en gran medida de dichas lenguas. En el campo del léxico, evidentemente, es donde más claras se ven las influencias de unas lenguas sobre otras; pero hemos de dejar de considerarlas de una manera atomizada: sólo la consideración estructural hace ver por qué se tomaron los préstamos y qué función vinieron a desempeñar en el nuevo sistema.

Y si nos referimos a las lenguas que han vivido apartadas de la tradición europea, el estudio de semántica estructural diacrónica nos llevará a ver más fácilmente que cualquier otro método la profundidad de los cambios ideológicos que está atravesando el mundo. Pues no se trata ya solamente de hacer un recuento de los préstamos que se toman de las lenguas europeas, ni de los calcos semánticos que sobre ellas se forman, sino de tener en cuenta esto y al tiempo la evolución del sentido y de las relaciones internas de las palabras originales de las diferentes lenguas. Todo ello al servicio de lo mismo: crear nuevas redes de palabras que responden a una nueva visión del mundo natural y humano. Nueva visión que puede, por otra parte, dejar en el léxico amplios restos de las estructuras antiguas, como ocurre en nuestras mismas lenguas.

Todo este terreno no está todavía muy maduro, pero nosotros creemos que la manera de hacerle dar frutos es, más que la especulación teórica, el ocuparse de datos concretos, el hacer trabajos que sirvan de modelo sobre campos especialmente productivos. Sólo así irán corrigiéndose y perfeccionándose nuestros planteamientos teóricos. Siempre sobre la base de que las diferencias entre Léxico y Gramática son graduales y de que fundamentalmente son los mismos los mecanismos de la evolución del contenido, se trate de unidades lexicales o de unidades gramaticales.

Pero el estudio diacrónico puede practicarse, incluso, dentro de un mismo nivel temporal, como anticipábamos. Toda la teoría del estilo ha de salir beneficiada del nuevo interés que se presta a la Semántica. En definitiva, una gran parte de los recursos estilísticos procede de las alteraciones individuales del sentido de las palabras,

aprovechando su abertura, que se traduce en la posibilidad de crear nuevas distribuciones de las mismas. Cuando los transformacionistas, en su intento de describir íntegramente una lengua a partir de un grupo reducido de «núcleos» y de unas reglas de transformación, han chocado con la existencia de grados diversos de gramaticalidad, han ido a dar en definitiva con este hecho de la abertura de la lengua, aprovechada diversamente por diversos grupos e individuos. El análisis interno de un mismo estado de lengua revela sus tendencias evolutivas, a veces contradictorias, a veces limitadas a pequeños sectores. El sentar estas líneas evolutivas, con ayuda de la teoría de los campos semánticos y de la escisión de las palabras en acepciones y hasta homónimos diversos, es la tarea de la Semántica estructural diacrónica. Escuelas de pensamiento diversas, en el sentido amplio de la palabra, pueden así revelarse en su evolución y en el conflicto que las opone unas a otras. Una vez más, a partir de la forma llegamos al contenido.

Presentadas así las cosas, la Semántica Estructural es todavía más un programa que una doctrina; aunque algunas de sus bases fundamentales están claramente establecidas. Falta, principalmente, el trabajo concreto sobre los datos, sobran ideas vagas y generalizantes. Creemos que la Semántica puede hacer mucho para restaurar la conexión de la Lingüística con las demás ciencias humanas y, también, para que se vuelva a intentar sentar una concepción global de la lengua, tanto en sus aspectos formales como en sus aspectos de contenido. Tras haber expuesto en cierta medida el estado actual de este estudio, conviene dejar constancia de la tarea que nos aguarda, que es larga y dura, pero presenta un atractivo indudable. Sería importante que en España, donde hemos llegado tarde a tantas Ciencias, nos incorporáramos a ésta desde el comienzo, por lo que respecta a las distintas lenguas que cultivamos. El hecho de que, siguiendo una tradición abandonada en otros lugares, las mismas personas nos ocupemos de Lingüística y Filología puede ser, creemos, una ventaja en este caso. Pues el carácter demasiado teórico y a veces lleno de asunciones generalizantes sin gran fundamento que presentan las exposiciones de Semántica de algunos autores, puede corregirse, creemos, con un examen detenido de los textos, propio del filólogo. Si fuéramos capaces de hacer esto, creo que nuestra aportación en el campo de la Semántica estructural podría ser importante.